
*Capítulos 1, 3 y 40 de «CLASE GOZANTE»,
primera parte de «LA FEA BURGUESIA»,
libro escrito en Murcia, entre 1971 y 1976, y
revisado en 1980.*

1. LA RESURRECCION

Un día del caluroso mes de julio me telefoneó José López Martí.

—Acabo de ver a Camilo en la ciudad. No pises las calles hasta pasadas las dos de la madrugada —dijo. Después me dictó instrucciones sobre el modo de encontrarnos, llegada tal hora, en un pequeño jardín. Acudí a la cita, no sin antes vestirme tan correcta y gallardamente como lo permitían mis gustos y posibilidades, a fin de prever la desgracia de que, no obstante las preocupaciones, ocurriera el caso de tropezarme con Camilo. Evité las avenidas, sorteé algunos callejones, y, por fin, fui a parar al viejo jardincillo. Los grillos estridulaban.

López Martí esperaba como una sombra.

—Lo he visto con estos ojos —espetó sin más preámbulos—; trajeaba de gris, llevaba cuidadísimo el pelo, mostraba los hombros altos, la frente levantada y el ademán agrio; en la mano derecha exhibía un periódico extranjero. Lo descubrí viniendo hacia mí, por una larga vía, llena de tiendas; sobresalía entre la inocente muchedumbre. De un salto, entré en una tienda, y, desde allí, escondido, contemplé impune su paso.

—¿Era él? —pregunté. Y replicó: —Todo él, ni más ni menos, con su altanería, con su gesto adusto.

—Seguramente, estará aquí unos dos días, no más —aseguré—; ha venido, sin duda, a visitar, como todos los años, su ciudad natal.

Dijo López Martí:

—En efecto, ha venido a contemplar su vieja ciudad, sus viejos conocidos, y a reflejarse a sí mismo en ellos. Por eso, necesitará verte, Godínez, con tu traje viejo y tu cartera de embutidos, tal vez sentado en una destartalada cafetería, tal vez caminante entre gente innominada, como perdido en el mundo, como desamparado en una sórdida e inacable monotonía, con tu pantaloncillo y tu camisilla, con tu maleta de embutidos.

—No me verá —afirmé. Y él prosiguió:

—Te he convocado, precisamente, para pedirte que trates de evitar semejante suceso. Como Camilo viene a festejarse, no correrá las calles antes de las doce de la mañana, ni volverá a su casa antes de medianoche; durante ese tiempo debes permanecer escondido. El ha previsto tropezarse con la Iglesia Catedral, con tales y cuales viejas callejas, con tales y cuales viejos camareros, y, naturalmente, con Godínez, tú mismo. Al no verte, sentirá inquietud, experimentará turbación; más aún, no podrá verse a sí mismo en las aguas de tu río. Se preguntará dónde está Godínez, dónde puede estar Godínez, y no hallará respuesta, por lo cual dejarás de ser una cosa de su vieja ciudad. Al volver a su destino, allá entre los servidores de su Benefactor, no podrá confesarse: «Vi a Godinillo, como siempre, con sus pantaloncillos y su camisilla, con su carterilla de embutidos».

—No me verá —sentencié arrebatado. Y nos despedimos.

—¡Adiós, López!

—¡Adiós, Godínez! Y lleva cuidado.

Cumplí las instrucciones de López Martí durante dos días, y aún añadí uno suplementario, para asegurarme el éxito. Jamás Camilo había pasado más de tres jornadas en esta ciudad. Al cuarto día, volví a mi trabajo con pacífica tranquilidad, ya olvidado de Camilo y satisfecho de haber frustrado sus deseos. Mas, cuando caminaba despreocupado, lo vi sentado en la terraza de una cafetería; apenas atisbé su pelo, destacado entre decenas de cabezas, quedé paralizado; me detuve, anduve unos pasos hacia atrás, me alerté. Camilo, empero, me descubrió. Alzó su mano, agitó un periódico, se levantó y gritó triunfante:

—¡Godínez!

En seguida allegóse a mí, tomó mi brazo, me condujo hacia la mesa que ocupaba, y dijo imperioso: —¡Siéntate y bebe lo que quieras!

Iba Camilo perfectamente vestido de azul, que no de gris; mostraba aire actualísimo y decidido; su seguridad parecía inmensa. Habló de sí mismo y de sus cosas; me explicó de donde venía, me contó adonde se dirigía, me relató sus proyectos de hacer en la semana venidera. Según narraba, sus actos comparecían como acciones libres y nobilísimas, determinadas por fines concretos e inmediatos. «Semana de reuniones europeas, semana de congreso para la enseñanza, semana de descanso en las montañas, semana de contactos con reflexivos internacionales, semana de descanso junto al mar, semana de convivencia universal».

Cuando concluyó de contarme estas cosas, me miró profundamente y preguntó:

—Godínez, ¿qué te sucedió, hace diez o quince años, con Don Gonzalillo? Quisiera que volvieras a contármelo, a fin de poder repetirlo, más lozanamente, cuando me reúna con el cuerpo diplomático. ¿Te acuerdas?

—Y ¿cómo no había de acordarme? —repuse—. Don Gonzalillo era el más importante vendedor de comestibles de esta ciudad; sobre su establecimiento brillaba la expresión: «Ultramariños finos». Un día me acerqué a su persona y le dije: «Don Gonzalillo, ¿podría usted venderme un kilo de azúcar? Lo pagaré mañana». Sin mirarme, el hombre dio en limpiar el mostrador con el gran cuchillo de los embutidos, expulsando migajas, y contestó: «Otro día, otro día mejor».

—La historia es perfecta —exclamó Camilo con alegría de quien recupera algo suyo— si Don Gonzalillo hubiera pretendido negarte simplemente el kilo de azúcar, te habría retirado a un rincón de su tienda, para decirte, por ejemplo: «No me fuerces, Godínez. Ya sabes que no vendo fiado». Mas el hombre no se contentó con eso, que, al fin y al cabo, hubiera sido tratarte como cliente. Con su terrible respuesta te manifestó: «Escucha, Godínez, no te entrego el paquete de azúcar al fiado, ni, aunque lo pagaras, te lo vendería, ya que no perteneces ni puedes pertenecer a la clase de mis clientes. Esta, mi tienda, ha sido hecha, y creada en el mundo, para surtir a la gente importante, las eminencias de la ciudad, los brillantes. ¿Has entendido? Para que lo sepas y aprendas de una vez, te he respondido con un absurdo, configurándote, en ello, mi desemejante».

Mientras Camilo hablaba, me contemplaba con descarada impavidez, totalmente abstraído en mi figura.

—Los peluqueros de las clases altas crean, en cierta forma, las clases altas —prosiguió diciendo—; igualmente, los tenderos. Don Gonzalillo creaba sus clientes, ungiéndolos de insólitos, y no quería, de ninguna manera, que tú te beneficiaras de su poder. Por eso tuvo que indignarse y sentir repugnancia de tu osadía. Si tú hubieras sido un magistrado, pongo por caso, o un constructor de naves industriales, habríase planteado el problema de venderte o no venderte al fiado; mas, tratándose de un viajante de embutidos, ni siquiera entró en el asunto: te rechazó por no cumplir los requisitos formales para entrar en aquella tienda. En cierta forma, podría afirmar que el buen hombre se defendió de tu pretensión de ocupar la actualidad que llamaríamos comestibles finos; con ello defendió también su clientela, las clases altas, y un cierto orden de cosas.

Expuesto esto, me miró con opaca severidad, por lo cual bajé los ojos, me encogí, contemplé mis manos.

—Don Gonzalillo ha muerto —sentenció—; pero, si resucitara, volvería a hacer lo mismo. Porque, o se habita el otro mundo, o se habita este mundo; mas nadie puede vivir en este mundo con maneras del otro.

Y marchó, no sin repetir:

—Tenemos que vernos más, Godínez.

Por la noche tuve un sueño. Soñé que los periódicos anunciaban la resurrección de Don Gonzalillo, que había de ocurrir una determinada tarde de primavera. Llegada la ocasión, decenas de personas, casi todas de las llamadas subalternas, caminaban hacia el cementerio, para realizar un entierro al revés. La muchedumbre esperaba en la puerta del camposanto, charlando en grupos, como en todos los entierros; todos los individuos se comportaban vulgares, triviales, aburridos. De pronto apareció Don Gonzalillo; un pequeño enjambre de rostros grises le felicitó; sus familiares le acompañaron a un automóvil, donde se aposentó tranquilamente el resucitado, que abrió la caravana, seguido de otros automóviles. Llegamos a la ciudad, recorrimos las calles, alcanzamos la tienda. El hombre entró y comenzó a repasar las estanterías, abrió la caja de cobros, miró los escaparates, retiró de cierto mal lugar un paquete de arroz especialísimo. Todos le contemplábamos. De repente cerró los botones de su chaleco y se situó detrás del mostrador. Hubo silencio. «Y

usted, Don Gonzalillo, ¿qué piensa hacer ahora?» —preguntó una pequeña mujer enlutada. Y Don Gonzalillo respondió: «¿Yo? Pues cortar mi queso, pesar mi mortadela y cobrar mi dinero».

3. LOS IGUALES

Dijo Camilo:

—Ayer vi a Dionisio Sierra; se me acercó y comenzó a hablarme despreciativamente de Pedrito Bustado, aquel majadero que soportábamos en nuestros años juveniles. Contemplé a Dionisio fijamente, y respondí: «¿Por qué hablas así de Pedro? ¿No sabes que es hombre capaz de gastar, en cenar con amigos, el salario de cinco obreros?». Hube de tratar a Dionisio de esta manera porque el provinciano piensa que todavía puede nombrar a Pedro Bustado con los viejos mote de «Pedrito el Furcias», «Pedrito el Cuentista» o «Pedrito el Superhombre». Estos apodos pertenecen a la historia pasada, antítesis de la objetividad presente, ya que Pedrito se ha encarnado Gobernador Civil de nuestro Benefactor.

Bebió y prosiguió:

—Cuando teníamos un pie en el hambre, y el otro alzado para entrar en el banquete del Estado, Pedrito y yo éramos adversarios, porque luchábamos por el mismo bodrio. En realidad, muchos éramos los mutuos enemigos: Ramoncito Dosalvas, Marcelito el Motes, Fernandito el Alto, Juanito Lamemanteles; todos nos espiábamos y odiábamos. De Pedrito se contaba que, tras dormir con una prostituta, se levantaba a medianoche de puntillas, abría el bolso de la yaciente y arramblaba con su dinero, lo cual se valoraba como pecado bíblico. De Ramoncito se decía que había cambiado el uniforme del cadáver de su padre, para presentarlo, ante los vencedores de la guerra civil, como muerto por la causa victoriosa, y beneficiarse de los resultados. De Marcelito se pensaba que no leyó en su vida más que los editoriales de los periódicos del Estado, lo cual, por otra parte, había enardecido su espíritu. De Fernandito se opinaba que, en la adolescencia, había contratado, con su amigo, la entrega de su hermanilla, aún niña, a cambio de un billete para asistir al cinematógrafo. De Juanito Lamemanteles se narraba que apenas comía una papilla de harina tostada, agua y aceite, excepto el diecinueve de marzo, que se banquetaba en casa de Pepito Perales. Por todas estas cosas, y porque competían con mi anhelo de abandonar tanta miseria, yo despreciaba esta gentuza.

Cruzó los brazos, y manifestó:

—«Respeto a Pedrito porque anda enhiesto, y no a cuatro patas»... «Ramoncito representa la línea que separa al hombre del mono»... «Marcelito debería ladrar y mover el rabo cuando aparece ante mi persona»... «Fernandito estaría en su lugar circuncidando esclavos»... «Juanito vendería a los feriantes el esqueleto de su padre»... «Godínez posee talento, y yo me resigno ante la inteligencia»... Estas eran las palabras que yo pronunciaba hace quince años, a los veinte de mi edad. Se trataba de vocablos verdaderos y sinceros. Mas los tiempos han cambiado: Pedrito, Ramoncito, Marcelito, Fernandito y Juanito ya no portan mote; antes bien: pertenecen a la casta gobernante y son excelentísimos señores, compañeros de mi actualidad, gente protegida por la policía.

Descansó y continuó:

—Tanto ellos como yo tenemos consciencia del cambio, de modo que ahora nos admiramos y respetamos, nos tratamos con especial consideración, e, incluso, nos amamos. «Pedro, dime, soy todo oídos»... «¡Ramón!, qué perdido estás!»... «Marcelo, a tus órdenes; espero que saques tiempo para cenar conmigo»... «Fernando, ¿cómo se encuentran tu mujer y tus hijos?»... «Juan, te llamo para felicitarte por tu discurso»... De esta forma les hablo, y ellos me responden de la misma manera: «Camilo, hemos de cenar con las esposas y charlar de nuestras cosas»... «Un abrazo muy fuerte, Camilo»... «Ya hice lo que pediste, Camilo»...

Tornó a beber y siguió:

—Tú, Godinillo, continúas representando el talento, pero Pedrito, Ramoncito, Marcelito, Fernandito y Juanito son los hechos. Podría decir que me inclino ante el talento, mas ello sería una frase vacía. En efecto, ¿qué hacer después de expresarla? Si quieres, ahora mismo te dirijo una reverencia y exclamo: «¡Me inclino ante el talento!» ¿Mejorará tu existencia por eso?, ¿dejarás de arrastrar tu cartera de embutidos?, ¿acrecerá tu riqueza?, ¿aumentará tu capacidad de goce y disposición? «Inclinarse ante el talento» es una proposición absolutamente desocupada; se dice, pero no se hace, porque su naturaleza es verbal. Jamás nadie se ha inclinado ante el talento en el

mundo, y sí ante hombres como Pedrito, Ramoncito, Marcelito, Fernandito y Juanito, hoy don Pedro Bustado, don Ramón Dosalvas, don Marcelo Notes, don Fernando Panduro y don Juan Albadia, mis amigos, mis iguales, mis copartícipes.

40. EL AUTOMOVIL

Dijo Camilo:

—Hace siete días, la esposa de Rosendo Falces, Pili Zabala, se presentó en casa de mis padres y preguntó por mi persona. Al parecer, la pareja Falces, enterada de mi inmediato arribo a esta ciudad, quería ofrecirme su invitación a cenar. Mi madre, a la que yo no he visitado desde hace un año, pues ya sabes que sólo pierdo con los ancianos tres días de cada doce meses, abrió la puerta y se encontró con la gentilísima Pili, el yo femenino de Falces. «Camilo llegará mañana» —manifestó mi madre. «¿A qué hora?» —preguntó Pili. Y mi madre replicó desde la herida de su vejez: «No lo sabemos, porque no viene en autobús ni en ferrocarril, sino en automóvil oficial». Para la cabal información de Pili, bastaba anunciar mi llegada en automóvil; al pronunciar la palabra «oficial», mi madre dijo más de cuanto la esposa de Falces quería saber; añadió, por así decirlo, un dato extraordinario, sobre el cual, naturalmente, no se le había indagado.

Con gesto que parecía denotar a un tiempo repulsión y complacencia, explicó:

—La interpretación de esta frase materna, Godinillo, es inacabable; se trata, en el fondo, de la proposición de un evangelio que yo, con la ayuda de mi Valedor, he logrado inculcar a mis padres, mi hermana y mi hermano, y que ellos, por necios y sencillos, explicitan como un destino, cada vez que de mí hablan y tratan conmigo. Es el evangelio de la mundanalidad, que pone diferencias entre los hombres, que reverencia los hechos, que propone las cosas tangibles como mediadoras para abrir abismos, que valora todo lo que puede pagarse, que se extasía ante lo que brilla, y que logra, finalmente, que un vientre loe lo que ha parido, porque viaje en automóvil del parque del Benefactor, aunque lo parido resulte agrio y osco con la paridora. Figúrate una de estas muchachas que por aquí pasan; ¡míralas qué gentiles y graciosas concurren! Un día parirán un niño, al que cuidarán días tras día, como diría la Biblia. Crecerá el niño, sabrá ver, se asqueará de la pobreza casera, del eterno cazo desconchado sobre la misma lumbre; pondrá los ojos en un Benefactor, cantará canciones de conjuntados, y el Benefactor le protegerá con sus ejércitos y decretos; la bolsa del antiguo niño crecerá y el mundo se transformará en algo tan extenso como la bolsa del protegido. Naturalmente, el nuevo hombre apartará de sí todo lo antiguo y desdichado; en primer lugar, el vientre de su madre, simple contingencia. Pues bien, ese vientre, hoy tan bello y mañana tan inútil, informará un día, a quien no lo pregunte, que el hombre viaja en automóvil oficial.

Bebió y meditó:

—Si yo hubiera visitado a mi madre todos los días, cosa imposible, o por lo menos, una vez al mes, o cada dos meses, su vientre habría olvidado que la cosa parida viaja en automóvil oficial. Yo sería todavía para ella el niño, el fruto, del parto, aunque crecido; su mente no habría alcanzado jamás a conjurar la palabra automóvil con el vocablo oficial. Mas porque yo he alejado de mí tal vientre, el vientre me reverencia y me alaba, me teme, teme a mi esposa y teme a su nieta, mi hijita. No olvides, por lo demás, que cuanto más me teme y relegada siéntese de mí, más me alaba, sin quererlo. Dice la Escritura que quien hace una obra, engendra a su padre. Poco sabía el autor bíblico, pues debió enunciar que quien aparta a su madre, desde la seguridad de la bolsa concedida por un Benefactor, convierte al vientre en adorador de lo parido, hecho mundanalidad. Mi contraevangelio, por así decirlo, ha logrado, de esta manera, una sorprendente contrafigura: convertir a mi anciana madre en la virgen María que adora a su niño, porque viaja en automóvil estatal. He sabido, por algunos cauces, que el comportamiento de mi Valedor con su familia fue similar al mío, aunque no sé ciertamente si su madre llegó a adorarlo cuando llamado era recaudo de la familia y protector de pueblos.

Descansó y observó:

—Añade la esposa de Falces que, mientras mi madre hablaba así, mi padre, infinitamente más temeroso, hundido en la herida de mis éxitos y angustiado en la falta de mi vocablo, miraba desde un rincón, poseído de la zozobra de hablar y de callar.